

VEINTE AÑOS DESPUES

He contado en más de una oportunidad que mis comienzos literarios estuvieron estrechamente vinculados a Ernesto Sábato, y tal vez por ello, aunque ha pasado bastante más de veinte años, los recuerdos se mantienen nítidos, fieles.

Como casi todo el mundo, junto con el primer amor llegaron también los primeros versos. Sólo que a mí el entusiasmo—poético y sentimental—me duró lo suficiente como para que dos o tres años después me decidiera a elegir unos pocos y precarios poemas y los reuniera en un cuadernillo del que hice unas treinta fotocopias. La mayoría los regalé a mis amigos, convencido de que en pocos años más estaría a la altura de Pablo Neruda, Federico García Lorca o Paul Eluard, mis fanatismos de entonces. Con la audacia de la adolescencia envié cinco o seis a algunos escritores. Guardo cartas afectuosas, llenas de esa ternura paternal que producen los primeros balbuceos a un veterano. Pero Sábato fue más allá. En una de esas mínimas esquelas que gasta para su correspondencia, me agradecía aquellos titubeos y me invitaba a que lo telefonease cualquier mañana, creo que al mismo número que conserva ahora. Al otro día a primera hora lo llamé. Seguramente habré tartamueado cuando acepté visitarlo ese domingo. En aquel breve diálogo me ofreció además presentarme al grupo de muchachos que acababa de fundar la revista *El Grillo de Papel*, cuyo nombre algunos números más tarde debió cambiar—cosas de la censura—por el más difundido y perdurable de *El Escarabajo de Oro*.

El haber elegido a Sábato entre los destinatarios de mis versos tenía una explicación: unos años antes, apenas cumplidos los catorce, hurgando en la heterodoxa y nutrida biblioteca de un familiar donde Roberto Arlt, Eugenio Sué y Jardiel Poncela se mezclaban con Oswald Spengler, Jean Paul Sartre y Jacques Maritain, encontré *El túnel*. Al contrario de Peter Pan, yo sentía una apremiosa urgencia por crecer y ya había leído a ciertos autores (que luego debí retomar para poder comprenderlos). Eran en general filósofos y ensayistas. Me

parecía que si algo era difícil —y muchas veces incomprendible— indicaba una mayor maduración por parte del lector. Hacía como un año que deliberadamente había relegado las novelas de Emilio Salgari y Julio Verne y también *Tarzán*, *Beau Geste*, *Ella* y *Ayhesha* y *El Capitán Blood*, libros a los que volví y vuelvo cada tanto con mucho mayor placer que entonces. La filosofía era seria —sin duda— pero me aburría, y *El túnel* era una novela y para mayor mérito: breve. Me deslumbró. Encontrar que los personajes, además de sus graves problemas patológico-metafísicos eran capaces de hablar de literatura durante una comida y como la cosa más natural, me resultaba algo desconocido, casi mágico. En mi casa, y en las casas que frecuentaba, el tema casi unánime era la política. Se vivía en plena época peronista y por esos días (alrededor de 1952) estaba por morir, o ya había muerto, Eva Perón.

Luego seguí leyendo suplementos literarios (en especial aquel excelente de la revista *El Hogar*), libros en desorden y sin método y creo que (salvo la adaptación cinematográfica de *El túnel*, de la que sólo recuerdo el rostro bellísimo de Laura Hidalgo) no volví a saber de Sábato hasta 1956. Ese mismo año desde la dirección de la revista *Mundo Argentino* denunció las torturas a militantes sindicales, lo cual lo obligó a dimitir (1). El hecho me tocó muy de cerca porque por aquella época se vivía en pleno furor antiperonista y las persecuciones habían golpeado muy de cerca, en mi familia.

De ahí que haya sido natural que yo fuera uno de los primeros compradores, el día de su aparición, de *El otro rostro del peronismo*. Recuerdo que un empleado de la librería Huemul, en la calle Santa Fe, abrió el paquete recién llegado de la editorial para entregarme el

(1) Sábato explicó su posición en una carta abierta al presidente de la República, general Pedro Eugenio Aramburu, firmada en Santos Lugares el 7 de septiembre de 1956 y difundida poco después. Puntualizaba, entre otras cosas:

«Millones de ciudadanos, señor presidente, comienzan a sentir nuevamente una oscura angustia, que usted podría advertir si tuviésemos prensa libre o sí, a semejanza de príncipes y reyes de tiempos pasados, saliese anónimamente por los caminos y pueblos para escuchar a gentes humildes de nuestra patria. Y esa angustia se debe en primer término al temor de que estamos ya sobre la pendiente de un nuevo y terrible desengaño, y de que aquellos valores éticos que justificaron la cruenta revolución están a punto de malograrse o de ser arrojados por la borda como un inútil lastre en una nueva carrera hacia el despotismo, alentada por los serviles, por los que pretenden restaurar los grandes privilegios económicos, por los que ya sueñan con nuevos negociados y, en fin, por los políticos que, desprovistos de respaldo popular, ansían la prolongación del gobierno revolucionario. La angustia proviene, además, de que muchos, tal vez millones de compatriotas, comienzan a pensar ya que esos males son tan profundos que parecen ser consustanciales con nuestra realidad nacional, que de verdad el pueblo argentino es incapaz de vivir sin servilismo, sin negociados, sin prensa amordazada, sin radiotelefonía corrompida, sin funcionarios venales, sin universidad apócrifa y sin intelectuales colocados de espaldas a la realidad de la nación. Hay grandes reservas morales en nuestra patria, pero es preciso dar un grito de alarma sobre esta creciente decepción y esta amenazante desesperanza que cunde en los espíritus argentinos, ya que de otro modo prepararemos el camino a los aventureros, los demagogos y los tiranos.» Cit. por Neyra, Joaquín: *Ernesto Sábato*, Ediciones Culturales Argentinas, Buenos Aires, 1973, p. 126.